

# Presentación



El sintagma “vida buena” convoca asociaciones de diversa nitidez semántica. Por un lado, nos recuerda escenas de hedonismo ligero con rasgos tan concretos como los de los avisos publicitarios o las fotos de las últimas vacaciones; por otro, nos hace pensar en una idea en exceso abstracta, en un signo de interrogación más bien vago e ilegible que se deja identificar cuando mucho como encumbrado tecnicismo filosófico de vieja data. Mientras que, en un caso, la tentación para quien oye la pareja de palabras es acomodarse en una banalidad de contornos claros –soleados, si se quiere–, en el extremo opuesto incomoda la opacidad de un concepto en torno al cual se desearía menos indeterminación.

Dentro del discurso filosófico reciente, la indeterminación sobre qué sea la “vida buena” no aparece como fracaso epistemológico y sí en cambio como la repetición enérgica de una pregunta milenaria. La manía de indagar por lo irresoluble y los nervios robustos ante las respuestas abiertas están testimoniados con suficiencia: “Una cosa que se aclara deja de interesarnos” (2016: § 80, p. 341), dice Nietzsche; y con la fórmula “de otro modo” responde sin más un personaje de Alice Munro cuando se pregunta por cómo vivir (2013: 282). No solo frases: auténticos proyectos teóricos o revisiones históricas del pensamiento ético cifran sus ambiciones en la amplitud diacrónica y geográfica de la actividad misma de búsqueda, por encima de la respuesta definitiva. Pensamos en la antropología de la ejercitación de Peter Sloterdijk y el programa correspondiente de una “teoría general de la existencia fundada en el ejercicio” (2012: 19); pero también en propuestas hermenéuticas más discretas, como la de Jean Grondin, quien sitúa el sentido de la vida en la condición interrogante del sujeto bajo la forma del diálogo consigo mismo (2005); o, incluso –para traer un tercer ejemplo de nuestra lengua–, pensamos en recorridos histórico-filosóficos como los de Victoria Camps, a partir de los cuales la felicidad es, “más que nada,

una búsqueda” (2019: 10). De hecho, la “cultura del debate”, que en el exitoso libro *Enseñar Platón en Palestina* promueve el investigador Carlos Fraenkel como estrategia para incidir positivamente con la filosofía en un mundo dividido, es concebida en términos de “una búsqueda conjunta de la verdad” (2016: 15).

Pero, al lado de quienes privilegian el espíritu de inspección intransitiva, se encuentran también aportes en el ámbito de los estudios humanísticos que aventuran una determinación más sustantiva de lo que pueda ser hoy en día la vida buena. La característica común puede nombrarse como un retorno al mundo, con lo cual ha de entenderse un modo de relación menos instrumental (moderno) y menos arbitrariamente constructivista (posmoderno) con el colectivo social y con la naturaleza. Es sintomático a este respecto que, incluso en el lenguaje del manifiesto, varias voces filosóficas se hayan agrupado recientemente bajo la idea de un “nuevo realismo” (Ferraris, 2012; Ramírez, 2016). En la idea de “retorno a la Tierra” de Bruno Latour (2019), de “reincrustación del sujeto en el mundo” del mismo Sloterdijk (2012: 555), o de los vínculos de resonancia de Hartmut Rosa –sobre quien volveremos enseguida– se percibe dicho movimiento. Se trata de un urgente imperativo contemporáneo, de un ingreso necesario a una buena inmanencia ante la catástrofe ecológica que han dejado tras de sí los impulsos antropotécnicos hacia todo más allá.

Puede decirse que la pandemia ha hecho aún más patentes los deseos de retorno al mundo. El aislamiento y el encierro dieron relieve coyuntural a la ruptura con el mundo en la medida en que lo tornaron inaccesible e intransitable. Al mismo tiempo, los cambios dramáticos en los modos de vida agudizaron la pertinencia de la pregunta misma por el modo de conducirla, pues, junto con quienes se han visto afectados en su integridad física y mental, una gran cantidad de personas ha tenido que modificar significativamente sus maneras de vivir en las esferas pública y privada. Considérense no solo los impedimentos para la movilidad y los imperativos de distanciamiento, sino además la hiperaceleración digital y el incremento de escenarios de interacción virtuales. En vista de tal situación, sujetos individuales y colectivos no solo se han tenido que embarcar de manera localizada en soluciones ágiles para los desafíos impuestos por la coyuntura y sus urgencias, sino que se disponen con mayor apertura a un tipo de reflexión de alcance más general que invoca horizontes normativos y escalas de valores cuya vigencia se quiere menos episódica que la del simple gesto adaptativo.

Tradicionalmente, las humanidades han ofrecido el contexto epistemológico en el que dicha reflexión puede ejercitarse. Las diversas formas del existir humano y de las expresiones materiales e inmateriales de su autocomprensión han sido objeto en los estudios humanísticos de un tratamiento plural e interdisciplinario en el que pervive la idea del mejoramiento posible de las facultades humanas y de sus efectos positivos para la convivencia con los otros y en la naturaleza, más allá, claro, de la inevitable acumulación de desencanto crítico y escepticismo ante progresos lineales, grandes relatos e identidades esencialistas. Esta actividad reflexiva y crítica puede orientarse hacia las *técnicas* –esto es, las prácticas reguladas que conducen a la finalidad (dada por) éticamente buena y que van desde la receta de clara intervención conductual hasta la modelación estético-estilística propia del arte de vivir–, pero puede concentrarse también en las *figuraciones* –entendidas aquí de modo amplio como formas de representación conceptual, narrativa o artística–.

Nos gustaría destacar en las presentes líneas una propuesta que aglutina potencialidades de esas técnicas y figuraciones. Nos referimos a la idea del artesano como paradigma del ser humano que desempeña bien el oficio de conducir la vida. Richard Sennett la desarrolla en el primero de los tres volúmenes sobre la cultura material. En *El artesano*, Sennett eleva a la condición de modelo de práctica social la artesanía, la cual se origina en el impulso básico “de realizar bien una tarea” (2015: 20) y lleva al artesano al encuentro diestro y paciente con lo otro de sí: “La artesanía se centra en objetos en sí mismos y en prácticas impersonales, depende de la curiosidad, atempera la obsesión, orienta al artesano hacia fuera” (2015: 354). En tiempos de burbujas virtuales y efectividad narrativa de las propagandas suena más que pertinente esta revivificación del pragmatismo. Sennett añade:

Tanto las dificultades como las posibilidades de hacer bien las cosas se aplican al establecimiento de relaciones humanas. Los desafíos materiales, como el trabajo de las resistencias o el manejo de las ambigüedades, ayudan a comprender las resistencias que unas personas desarrollan con respecto a otras o las inciertas fronteras entre ellas (2015: 355).

Ahora bien, el modelo de la artesanía fue el que estructuró las primeras indagaciones filosóficas en el campo ético. Sócrates cuenta en la *Apología* que los artesanos, a diferencia de políticos y poetas, sabían muchas cosas y daban cuenta de lo que sabían. Por desgracia, no daban respuesta a la pregunta por cómo vivir (no pensaba lo mismo Calias, uno de los superricos de Atenas, que le

dijo a Sócrates que quien enseñaba eso era Eveno de Paros y que cobraba por ese servicio 5 minas, vale decir, unos 25 000 dólares hoy). No por ello, sin embargo, Sócrates se desentendió de una conducción de la vida en términos de artesanía. Su autoestilización o figuración como partera indica, por el contrario, la opción por un modo de vida en términos de una técnica concreta. Una técnica, por demás, que, bajo la forma del no saber socrático, incorpora en sí la conciencia de sus límites y, bajo la del diálogo público –y a diferencia del escalador platónico–, se vuelca al mundo plural de la ciudad (véase al respecto Arendt, 2008).

En sintonía con lo anterior, el presente volumen ofrece una serie de miradas contemporáneas al problema de la vida buena. Con espíritu interdisciplinario, dichas miradas se concentran en cada caso en esclarecer dimensiones específicas de las técnicas y figuraciones con las que la vida se da forma a sí misma y privilegian por ello la investigación de aspectos e interrogantes concretos por encima de las pesquisas teóricas estrictamente formales. Las contribuciones, concebidas a modo de capítulos, son el resultado del trabajo coordinado de los autores y los editores a lo largo de diversos encuentros y escenarios de discusión durante el 2021.

El volumen está organizado en tres secciones, precedidas por la contribución especial que compone el “Pórtico”. Dentro de la primera sección, “Problemas”, se incluyen contribuciones que sitúan la pregunta por la vida buena en el ámbito histórico-conceptual de la modernidad ilustrada y de su autocuestionamiento tardomoderno. El proyecto emancipatorio de la Ilustración cifra su ideal normativo en la libertad respecto de los poderes heterónomos y estipula para la conquista de dicha meta la educación del individuo. Pero la emancipación de la religión, de la estratificación social según el linaje, de la naturaleza interna y externa, etcétera, desencadenó a su turno grandes desafíos a las aspiraciones eudaimonísticas de los sujetos: la pregunta por el sentido de la vida comenzó a atormentar a las conciencias seculares, por poner un ejemplo; y, por poner otro, el amplio margen de autodeterminación no necesariamente fue fecundado por las instituciones educativas y resultó capitalizado por fuerzas neoliberales y sus imperativos de flexibilización. Un tercer ejemplo concierne a la naturaleza. Por lo menos desde la *Dialéctica de la Ilustración* (1944) de Adorno y Horkheimer y desde las reflexiones heideggerianas sobre la técnica se vienen diagnosticando los males de la problemática relación del sujeto moderno con el planeta. La crisis ecológica actual demanda de cualquier reflexión sobre la vida buena una posición (cosmopolita) en y ante la Tierra, la naturaleza, el paisaje, los territorios

y los bienes comunes. Esto último se aborda en la contribución de Pablo Zapata Tamayo, mientras que la libertad de elección y los desafíos formativos actuales son objeto, respectivamente, de los capítulos de Carolina Vásquez Villegas y Natalia Restrepo Ruiz.

A propósito de la segunda sección, “Prácticas”, cabe reiterar la idea, puesta a circular por Peter Sloterdijk, de que a todo proyecto de vida buena le subyace una concepción antropológica de mayor raigambre y extensión: la vida como ejercicio. Los seres humanos somos acróbatas. El objeto de nuestras acrobacias y en general de toda ascética es el de la optimización inmunitaria de la mente y del cuerpo. Prácticas, técnicas, métodos, reglas, definen una dimensión vertical en ascenso, a lo largo de la cual el ser que se ejercita busca, hablando nietzscheanamente, autosuperarse. Los capítulos de esta sección meditan en torno a dichas formas de trascendencia, así como en torno a sus posibles contrapuntos críticos: Jaime Carrizosa Moog interroga la salud, Rubén Darío Molina Palacio indaga por la ampliación de conciencia en experiencias con enteógenos, y Sergio Adrián Palacio Tamayo sigue de cerca el ejercicio del autoconocimiento.

En “Ficciones” se agrupan los aportes que toman como objeto obras literarias y, en concreto, el modo en que estas complejizan el ámbito de las decisiones éticas. El crítico y teórico literario Wayne C. Booth menciona que “no recuerda historia publicada alguna que no exhiba los juicios implícitos del autor acerca de cómo vivir y acerca de lo que hay que creer sobre cómo vivir” (2001: 19). Las obras literarias son laboratorios paradigmáticos para explorar hipotéticas respuestas a la pregunta por la vida buena. Tanto más cuando en esas obras literarias se persigue narrativamente la evaluación en torno a si una vida fue lograda (como en el caso de *Stoner*, en el capítulo de Mateo Jaramillo-Amaya y Valentina Jaramillo-Appleby) o cuando se problematizan con las estrategias del testimonio experiencias traumáticas de desarraigo, colonialidad y otras formas de sufrimiento (como se propone en el capítulo de Adriana García Arriola). Dichos laboratorios operan con antiguos insumos textuales y los exponen a reacciones con elementos de más reciente aparición, tal es el caso del capítulo de Juan David Rojas Benítez, donde se abordan las transformaciones de la experiencia del amor con el referente mítico de la relación entre Medea y Jasón.

El presente volumen incluye en el “Pórtico” un artículo de Hartmut Rosa inédito en español. Se trata de “Estabilización dinámica, el acercamiento triple A a la vida buena y el concepto de resonancia”, texto en el que el renombrado filósofo y sociólogo alemán expone de manera sintética su diagnóstico de

las sociedades contemporáneas y la correspondiente categoría crítica con la que se puede emprender hoy en día la evaluación de la vida buena de los colectivos sociales y de los individuos. Si el diagnóstico es la aceleración y la estabilización dinámica, la categoría crítica es la de resonancia. Hay que anotar que, de los hallazgos más significativos del presente volumen, se encuentra la fecundidad con la que la teoría de la resonancia se deja aplicar al análisis de los diversos fenómenos ético-sociales aquí expuestos. Que más de la mitad de las contribuciones se hagan eco de los planteamientos de Rosa es suficientemente elocuente.

Los editores darán por cumplido su objetivo si el presente volumen enriquece la vieja discusión sobre la vida buena con miradas frescas que a su turno ofrezcan líneas de indagación novedosas y estimulantes.

*Juan Pablo Pino-Posada*

*Andrés Vélez-Posada*

## Referencias

Arendt, Hanna (2008), “Sócrates”, en *La promesa de la política* (pp. 43-75), trad. Eduardo Cañas y Fina Birulés, Barcelona, Paidós.

Booth, Wayne C. (2001), “Why Ethical Criticism Can Never Be Simple”, en T. F. Davis & K. Womack, eds., *Mapping the ethical turn: A reader in ethics, culture, and literary theory* (pp. 16-29). Charlottesville, University Press of Virginia.

Camps, Victoria (2019), *La búsqueda de la felicidad*, Barcelona, Arpa.

Ferraris, Maurizio (2012), *Manifiesto del nuevo realismo*, Santiago, Ariadna.

Fraenkel, Carlos (2016), *Enseñar Platón en Palestina: Filosofía en un mundo dividido*, trad. Ana Herrera Ferrer, Barcelona, Ariel.

Grondin, Jean (2005), *Del sentido de la vida, un ensayo filosófico*, trad. Jorge Dávila, Barcelona, Herder.

Latour, Bruno (2019), *Dónde aterrizar: Cómo orientarse en política*, trad. Pablo Cuartas, Barcelona, Penguin.

Munro, Alice (2013), *Amistad de juventud*, trad. Esperanza Pérez Moreno, Bogotá, Debolsillo.

Nietzsche, Friedrich (2016), *Más allá del bien y del mal*, en *Obras completas IV. Escritos de madurez II y complementos a la edición*, ed. Diego Sánchez Meca, Madrid, Tecnos.

Ramírez, Mario Teodoro, ed. (2016), *El nuevo realismo: La filosofía del siglo XXI*, México, Siglo XXI.

Sennett, Richard (2015), *El artesano*, Barcelona, Anagrama.

Sloterdijk, Peter (2012), *Has de cambiar tu vida*, trad. Pedro Madrigal, Valencia, Pre-Textos.